

LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN

TIBERIO GRACO

TRIBUNO DE LAS
LEGIONES



DESPERTA FERRO



EDICIONES

novela histórica

TIBERIO GRACO
TRIBUNO DE LAS
LEGIONES

DESPERTA FERRO



EDICIONES

TIBERIO GRACO TRIBUNO DE LAS LEGIONES

LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN

DESPERTA FERRO

EDICIONES



DESPERTA FERRO

EDICIONES

Tiberio Graco
Tribuno de las legiones
Luis M. López Román

© de esta edición:
Tiberio Graco. Tribuno de las legiones
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-128158-9-4
D.L.: M-19284-2024

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones / Carlos de la Rocha
Coordinación editorial: Óscar González Camaño

Primera edición: octubre 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2024 Desperta Ferro Ediciones.

Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Esta es una historia de política, de guerra, de ambición y de poder ambientada en la Roma antigua. Pero es también la historia de un hombre que vive con la obsesión de honrar a su padre ausente, de estar a la altura de su recuerdo, de llenar el vacío de su ausencia. Es la historia de un hijo que se despierta cada día con una única obsesión: conseguir que su padre se sintiera orgulloso de él. La pérdida de un padre siempre llega demasiado pronto, aunque esta suceda cuando uno ya camina hacia la vejez. Tiberio Graco perdió a su padre siendo él un niño; yo lo perdí teniendo casi cuarenta años. Pero como Tiberio, que luchó para convertirse en el hombre que su padre habría deseado que fuera, yo batallo cada día para que el mío, allá donde esté, sienta orgullo de la persona que soy.

He tardado mucho, nada menos que cinco libros, en escribir una historia que sea digna de la memoria de mi padre. Creo que esta novela lo es. Por eso, papá, esta historia es para ti..

índice

prólogo

Roma, en el consulado de Aulo Manlio Torcuato y Quinto Casio Longino, año 590 desde la fundación de la ciudad (164 a. C.)	1
---	---

primera parte

Roma, en el consulado de Quinto Opimio y Manio Acilio Glabrio (<i>suff.</i>), en el año 600 desde la fundación de la ciudad (154 a. C.)	11
---	----

segunda parte

Roma, en el consulado de Quinto Fulvio Nobílior y Tito Annio Lusco, año 601 desde la fundación de la ciudad (153 a. C.)	181
---	-----

tercera parte

Roma y África, en el consulado de Publio Cornelio Escipión Emiliano y Cayo Livio Druso, año 607 desde la fundación de la ciudad, otoño (147 a. C.) 255

cuarta parte

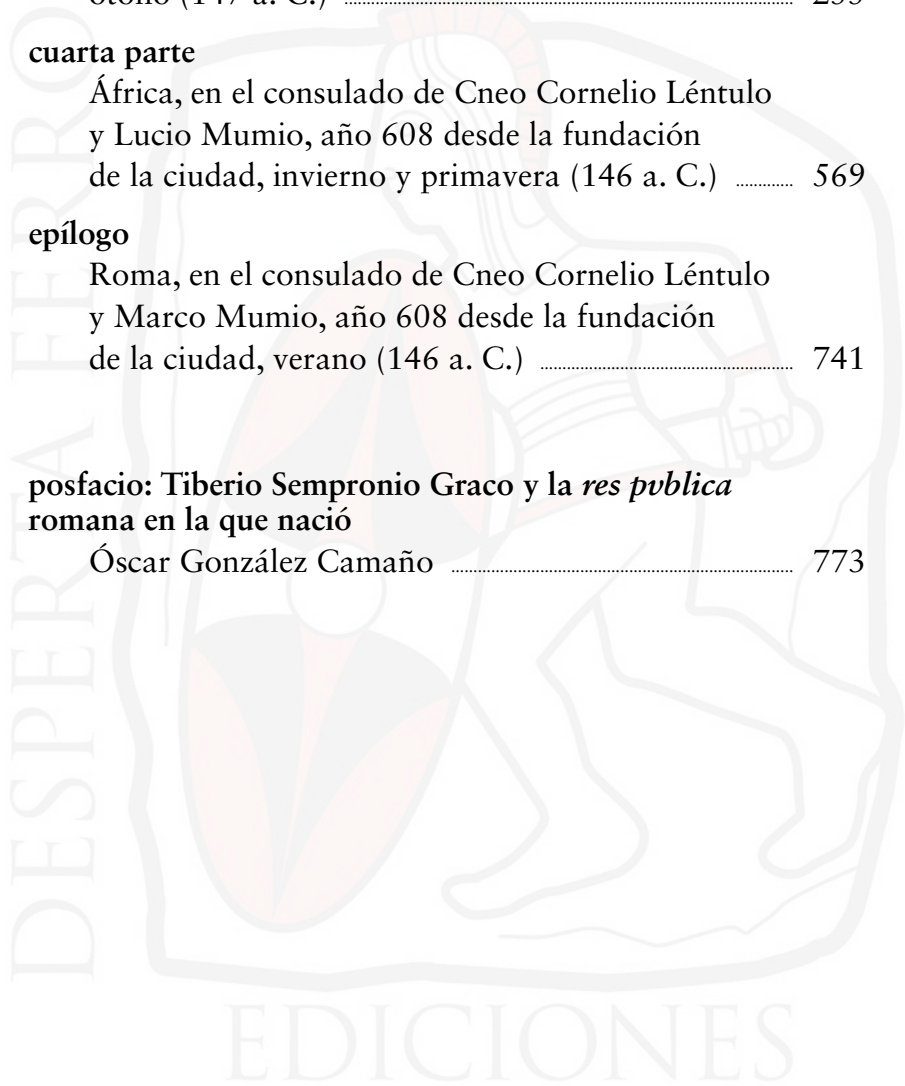
África, en el consulado de Cneo Cornelio Léntulo y Lucio Mumio, año 608 desde la fundación de la ciudad, invierno y primavera (146 a. C.) 569

epílogo

Roma, en el consulado de Cneo Cornelio Léntulo y Marco Mumio, año 608 desde la fundación de la ciudad, verano (146 a. C.) 741

posfacio: Tiberio Sempronio Graco y la *res publica* romana en la que nació

Óscar González Camaño 773



prólogo

Roma, en el consulado de Aulo Manlio Torcuato y Quinto Casio Longino, año 590 desde la fundación de la ciudad (164 a. C.)

La noche en que nació Tiberio Sempronio Graco, el cielo descargó sobre Roma una tormenta de tal magnitud que ni los más ancianos eran capaces de recordar otra semejante.

Llevaba días lloviendo sin parar, una lluvia fina, incesante, que empapaba las ropas de quienes se aventuraban a salir a la calle y convertía las calles en arroyos desbocados. La Cloaca Máxima, el gran colector en el que desembocaban todas las alcantarillas de Roma, había dejado de tragar agua tras los dos primeros días de tormenta. El Tíber, un río por lo general tranquilo y de aguas mansas, amenazaba con desbordarse a su paso por el Foro Boario y arrastrar consigo las casas de los hombres y los templos de los dioses. La lluvia empapó las calles de Roma durante siete días y siete noches. Pero la auténtica tormenta se desató al octavo día: como si los cielos se hubieran abierto y los dioses hubieran decidido arrojar todo un océano sobre la Urbe, la lluvia fina y constante se convirtió en un auténtico aguacero. Los relámpagos, seguidos de truenos ensordecedores, iluminaban

el cielo nocturno y permitían a los aterrorizados romanos observar fugazmente su propia ciudad anegada por las aguas.

Mientras en el exterior la tormenta desataba toda su furia, un noble romano trabajaba en una de las estancias de su *domus*. Bajo la tenue luz de tres lucernas, situadas en las esquinas de la mesa, el romano consultaba unos rollos de papiro; los leía con atención, los enrollaba y desenrollaba para buscar el pasaje adecuado, tomaba notas y volvía a leer. Desde donde se encontraba, podía escuchar el repiqueteo de la lluvia contra las tejas y sobre las losas del cercano jardín. Para él resultaba un ruido agradable que acompañaba aquellas horas nocturnas que dedicaba a la lectura y la escritura.

A diferencia de muchos de sus colegas senadores, los truenos no le atemorizaban en absoluto. Aquella tormenta pasaría y Roma continuaría en pie. Júpiter Óptimo Máximo podía recordar a sus hijos su poderío por medio de fulgurantes relámpagos, pero nunca permitiría que nada le ocurriera a aquella ciudad. Roma era la elegida de los dioses, una ciudad inmortal, y haría falta mucho más que una simple tempestad para que temblaran sus cimientos.

Ese hombre que trabajaba aquella noche en su pequeño despacho vivía completamente convencido de la grandeza de Roma; una grandeza que él mismo había contribuido a crear y perpetuar.

—Amo, ya ha empezado —dijo una voz detrás de sí.

El ilustre romano no se dio la vuelta: se tomó su tiempo para terminar la oración que estaba escribiendo en aquel momento con el pequeño cálamo entintado sobre un amarillento papiro; volvió a leer la frase, asintió satisfecho y solo entonces giró la cabeza.

Quien había hablado era un joven esclavo, vestido con una simple túnica de color gris. El chico aguardaba en la puerta de la estancia, con la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo, a que su amo le respondiera. Era muy joven, pero había sido criado en aquella casa y sabía que al señor no le gustaba que se le interrumpiera durante las horas nocturnas que dedicaba a la escritura. Sin embargo, en aquella ocasión resultaba imprescindible perturbar su concentración: debía saber que, al fin, su esposa se había puesto de parto.

—¿Cómo está Cornelia, Pertinax? —preguntó.

—Bien, *domine*. El médico griego que mandó llamar dice que será un parto fácil, que el ama es fuerte y su cuerpo resistirá este trance sin problemas. Hay tres esclavas ayudándole y dos más aguardan junto a la puerta por si necesita algo.

—Mantenme informado puntualmente de todo lo que ocurra. No temas entrar aquí tantas veces como sea necesario —dijo el noble, y volvió la atención de nuevo a su papiro.

El romano aguardó a que el joven esclavo abandonara la habitación, pero este permaneció en su sitio, con la boca entreabierta, como si quisiera decir alguna otra cosa y no se atreviera a hacerlo.

—¿Deseas algo más, Pertinax? —preguntó.

—*Domine*... hay algo que creo que debería saber. No es muy importante, pero aun así...

—Habla de una vez y deja de dar rodeos. Si hay algún problema en el parto de mi hijo...

—Oh no, amo. Como os he dicho, la *domina* está bien y el médico no cree que haya complicaciones. Es solo que, con esta tormenta... la gente empieza a hablar. No son solo los esclavos de esta casa, también lo hacen en el resto de la ciudad. Se dice que un parto en estas

condiciones no es un buen augurio, que los dioses han enviado a Roma esta lluvia como advertencia ante el niño que nacerá esta noche.

El prócer se puso en pie y, al hacerlo, de inmediato indujo al esclavo a encogerse de manera inconsciente. Aquel hombre rara vez sancionaba a sus sirvientes con castigos físicos y, cuando aquello ocurría, jamás lo hacía en persona. Pero la figura de aquel noble, alto y con la mirada cargada de autoridad, era capaz de atemorizar a todos los esclavos que vivían en aquella casa.

—¿Tú crees en esas habladurías, Pertinax? —inquirió—. ¿Crees que los dioses enviarían un castigo a esta casa y que lo anunciarían por medio de una tormenta?

El joven Pertinax no respondió al instante: no estaba seguro de si su amo le pedía una prueba de lealtad o una respuesta sincera.

—Creo que los dioses hablan a los hombres por medio de señales —respondió al fin—. Pienso que el vuelo de las aves, los rayos y las entrañas de los animales sacrificados pueden mostrarnos la voluntad de las divinidades.

—Haces bien al pensar en eso, pues es la base de toda nuestra religión. Ahora bien, ¿crees —remarcó la palabra— que esta tormenta puede ser una señal de que la desgracia se abatirá sobre Roma por medio de mi hijo primogénito?

Pertinax volvió a erguirse y miró a los ojos de su amo.

—Amo, creo que, sin duda, esta tormenta es una señal de los dioses. Y dado que, hasta donde alcanza mi conocimiento, solo la *domina* de entre todas las mujeres nobles de Roma está dando a luz en medio de la tempestad, creo que tienen razón los que dicen que la señal se refiere a vuestro hijo —carraspeó—. Ahora bien, no

creo que la señal tenga que ser negativa. Recuerdo una historia...

Calló un momento, como si pidiera permiso a su amo para continuar; el silencio de este lo animó.

—Cuando el rey Tarquinio Prisco llegó a Roma, todavía un simple extranjero etrusco, un águila le arrebató su sombrero para dejarlo caer de nuevo sobre su cabeza. Aquel fue el modo que tuvo Júpiter de señalarlo como el legítimo heredero del trono de Roma: por medio de su ave, el águila. ¿Qué son los truenos y relámpagos sino una muestra del poder de Júpiter? —Tosió levemente, cogiendo fuerzas—. Creo, *domine*, que esta tormenta es una señal, pero no de desgracia, sino de fortuna. Júpiter Óptimo Máximo anuncia con sus truenos la llegada de un niño que está llamado a grandes cosas. Un niño que hará a Roma aún más grande.

El romano no respondió, solamente observó al joven sirviente con detenimiento. Por norma general, no solía prestar mucha atención a la servidumbre. Como todos los romanos, consideraba a los esclavos criaturas inferiores que habían nacido para cumplir con las tareas infamantes que los ciudadanos libres, y más aún los aristócratas, no podían rebajarse a hacer. Pero aquel mozo, Pertinax, le había dado una respuesta digna de un veterano miembro del colegio de los arúspices. ¿Era posible que un simple muchacho nacido en cautividad conociera aquellos detalles de la historia de Roma? Tal vez en el futuro debería prestar más atención a la sabiduría de los esclavos.

—¿Y cómo sabes tú esas historias de Tarquinio y su llegada a Roma? ¿Acaso has leído las crónicas y anales de los tiempos antiguos?

—No, *domine*. No sé leer y apenas sé escribir mi nombre, pero escucho las historias que mi señora Cor-

nelia cuenta al resto de las esclavas mientras tejen la lana o hacen otras labores. Toda mi sabiduría, que no es mucha, se la debo a escuchar a la *domina*.

De modo que su mujer contaba historias a los esclavos... El romano sonrió. Aquella imagen casaba a la perfección con su Cornelia: tan despierta, tan activa, tan bondadosa y al mismo tiempo tan severa, tan... romana. Digna hija del gran Escipión era su Cornelia, adornada con virtudes con las que muchos varones romanos solo podían soñar.

—Haces bien de escuchar las historias de tu ama. Es una mujer muy sabia, diría que más que yo mismo, pese a todos los libros que he leído...

El noble romano dio un paso al frente y aferró al joven esclavo por el hombro. Pertinax bajó la cabeza en señal de respeto. Mirar a los ojos al amo estando tan cerca habría sido una imperdonable falta de respeto.

—Tu interpretación de la tormenta y el nacimiento de mi hijo es, sin la menor duda, la correcta. Mi primogénito será un gran hombre, un romano cuyo recuerdo quedará grabado en los anales y que hará que mi propio nombre, que será también el suyo, quede eclipsado en la historia de nuestra patria. Así quiero creerlo. Pero serán muchos los que quieran hacerle daño. Y por eso, desde este mismo instante, mi hijo necesitará toda la protección que podamos brindarle.

Se acercó al esclavo y le puso las manos en los hombros:

—Serás su primer protector, joven Pertinax. Y empezarás a protegerlo contando esa misma historia que me acabas de referir. Haz que la escuchen todos los sirvientes, los de nuestra casa y los de fuera; convénceles de que esta tormenta es un augurio feliz, una promesa de la llegada al mundo de un gran hombre. Los otros

sirvientes se lo contarán a sus amos y algunos creerán esta interpretación de los augurios, que, sin duda, es la correcta. ¿Harás esto por mí, Pertinax? ¿Contarás esta historia?

El esclavo asintió en silencio. ¿Cómo podría desobedecer las órdenes de aquel hombre? Su autoridad emanaba del respeto que imponía, no del miedo, que era la fuente de poder de la mayoría de los amos sobre sus esclavos. Pertinax contaría aquella versión a todos los oídos que quisieran escucharle. Y a los que no quisieran, les obligaría a hacerlo, si hiciera falta.

El romano regresó a su escritorio.

—Mañana mismo daré órdenes para que alguien te instruya en la escritura y la lectura, tanto en latín como en griego. Se te liberará de algunas de tus tareas.

El rostro de Pertinax se iluminó. El joven esclavo tuvo que contenerse para no ponerse a dar saltos de alegría, algo que habría sido por completo inapropiado en presencia de su amo.

—Serás un gran apoyo para esta familia cuando yo no esté, muchacho. Ahora márchate y mantenme informado de todo lo que ocurra durante el parto.

El joven esclavo hizo una breve inclinación sin dejar de sonreír y se marchó de la estancia.

El noble se sentó de nuevo y trató de retomar el hilo de lo que estaba escribiendo. Consultó uno de sus pergaminos, intentó centrarse en la lectura, pero fue inútil. Estaba demasiado preocupado. Como a todo aristócrata romano, se le había enseñado desde niño a disimular sus pasiones, a no demostrar ni tristeza, ni alegría, ni sus odios, ni sus afectos. No debía mostrar su preocupación a nadie, ni tan siquiera a sus esclavos. En su interior, sin embargo, no podía evitar sentir un miedo terrible que llevaba un tiempo albergado en su pecho. Aquella

noche, la suerte de su hijo y los augurios que rodeaban a su nacimiento no eran su única fuente de preocupación.

Él mismo ya no era joven, había superado con creces la edad en la que los hombres romanos tenían sus primeros hijos; con sus años no eran pocos los que tenían incluso los primeros nietos. Aquella experiencia debía resultar un simple trámite, como lo era para todos los demás hombres: al fin y al cabo, las mujeres romanas existían solo para engendrar hijos sanos y robustos que perpetuaran el honor y el patrimonio de la *gens*; si una mujer moría en el parto, el deber de todo aristócrata era buscar un nuevo matrimonio que conviniera a su rango y su riqueza. No debía sentir miedo ante la posibilidad de que su mujer muriera.

Pero aquel romano sí sentía miedo: a diferencia de la mayor parte de hombres de su rango, él amaba a su mujer. Amaba a su esposa más que a su propia vida, con un afecto sincero que nacía tanto de la admiración como de la complicidad. Su compañera. Su Cornelia.

Comenzó a pasear por la estancia. Las paredes estaban cubiertas de estantes llenos de rollos de papiro, y de cada uno de ellos colgaban etiquetas con el título de su contenido: obras de filosofía y de historia, en su mayoría, aunque también había volúmenes de poesía y otros géneros. Aquella biblioteca era uno de sus grandes motivos de orgullo. Muchos textos en griego y unos pocos en latín, los había acumulado durante sus viajes, la mayoría se habían encargado y comprado, algunos los heredó de la propia biblioteca de su padre. El noble acarició el contorno rugoso de algunos de aquellos rollos. Timeo y Tucídides. Platón y Jenofonte. Homero y Píndaro.

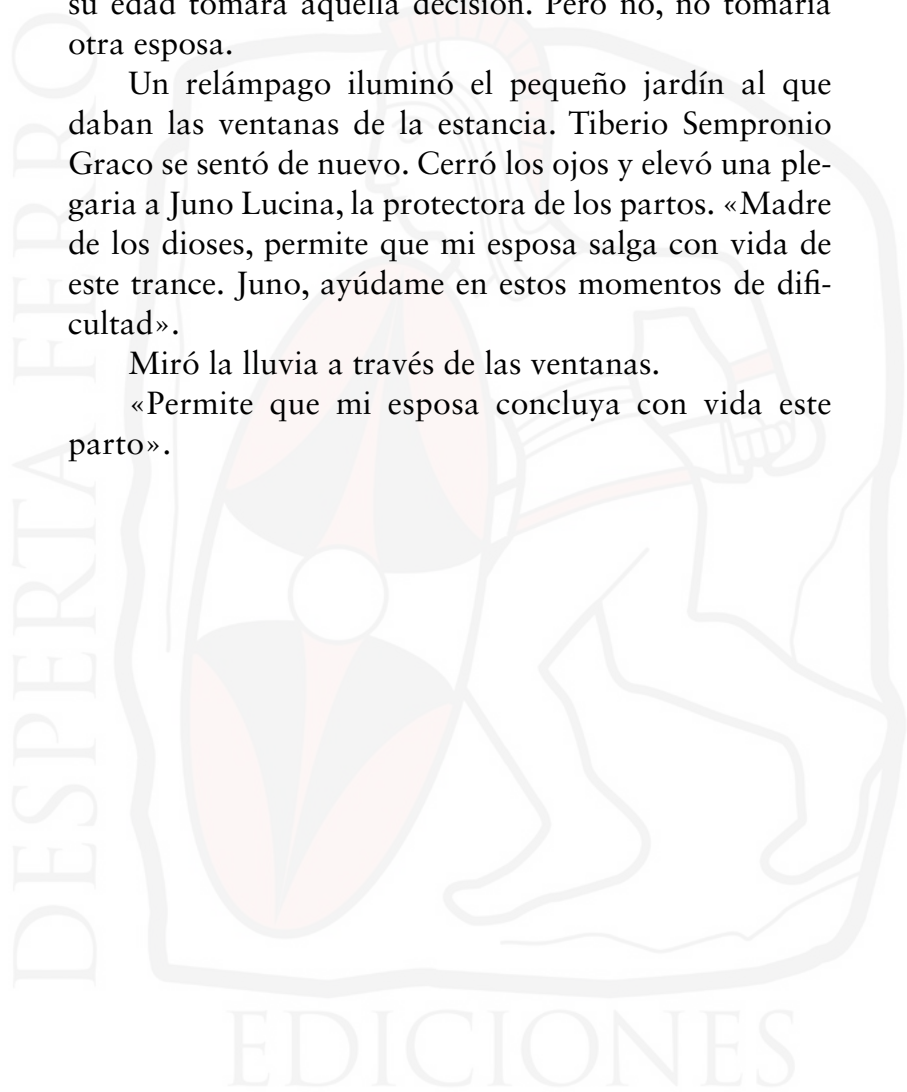
Si su esposa moría en el transcurso del parto, como les ocurría a muchas otras, no sabía si sería capaz de tomar otra mujer. No podía permitir que su linaje se extin-

guiera, pero había otras maneras de lograrlo. Si adoptaba un niño y le daba su *nomen*, el futuro de la *gens* estaría a salvo y a nadie le extrañaría que un hombre de su edad tomara aquella decisión. Pero no, no tomaría otra esposa.

Un relámpago iluminó el pequeño jardín al que daban las ventanas de la estancia. Tiberio Sempronio Graco se sentó de nuevo. Cerró los ojos y elevó una plegaria a Juno Lucina, la protectora de los partos. «Madre de los dioses, permite que mi esposa salga con vida de este trance. Juno, ayúdame en estos momentos de dificultad».

Miró la lluvia a través de las ventanas.

«Permite que mi esposa concluya con vida este parto».



primera parte

Roma, en el consulado de Quinto Opimio y Manio Acilio
Glabrio (*suff.*), en el año 600 desde la fundación de la ciudad
(154 a. C.)

DESPERTA FERRO

EDICIONES

1

La matrona romana miraba con severidad a su hijo, que, avergonzado, agachó la cabeza y extendió las palmas de las manos.

—Procede —ordenó.

Un esclavo golpeó al niño en las palmas con una regleta de madera. Una vez. Dos veces. El joven aguantó los dos golpes con resignación, sin apenas mudar el rostro. Al tercer golpe, una lágrima asomó en su ojo derecho. Al cuarto, no pudo reprimir el gesto de apartar las manos, como un acto reflejo.

—Si retiras las manos empezaremos desde el principio —dijo ella.

El niño volvió a extender sus palmas al esclavo. Este continuó con el castigo, pero de la forma más suave que podía sin incurrir en la ira de su ama. Tras el décimo golpe, las palmas de las manos del niño estaban enrojecidas. Aunque las lágrimas se habían deslizado por sus mejillas, no había pronunciado palabra o queja alguna. Resistió el castigo como siempre le habían enseñado que debía hacer: como un romano.

La madre asintió seria pero complacida.

—Llévale a las cocinas para que le apliquen un unguento que alivie el escozor. En unas horas, esas manos estarán como nuevas, pero la lección quedará grabada en su cabeza.

El esclavo asintió y, tras tomar al joven por los hombros con delicadeza, le acompañó hasta la puerta de salida.

—Cuando salgas dile a Arístides que entre —dijo la mujer antes de que niño y esclavo hubieran abandonado la estancia.

La matrona era una mujer alta, de largas piernas y brazos proporcionados. Su rostro era hermoso, aunque sin rastro alguno de dulzura: un rostro duro, afilado, poco acostumbrado a las sonrisas y nada a la risa. Llevaba el cabello recogido sobre la nuca en un sencillo y austero moño. Sus ropajes eran muy simples: una túnica de color gris y, sobre ella, una capa parda. No llevaba joyas: ni anillos, ni pulseras, ni colgantes.

Cornelia era la quintaesencia de lo que debía ser una matrona romana según el *mos maiorum*, la costumbre de los antepasados. Un ejemplo de lo que habían sido las hijas de Rómulo o Numa muchos siglos atrás, de lo que fueron la virtuosa Lucrecia y la casta Virginia. Era de esperar que en ella se reuniera lo mejor de cada una de las mujeres romanas que habían pasado a los anales de la historia. Había sido educada para ser una hija responsable, una buena esposa, una madre ejemplar. Una romana intachable. Y en cada instante de su vida, Cornelia se esforzaba por hacer de aquel ideal de austeridad, sobriedad y entrega una realidad encarnada en su persona.

Cada uno de los golpes que el esclavo le había propinado a su hijo mayor le había dolido tanto como si los hubiera recibido en su propia piel. Cornelia aborrecía la violencia, que consideraba algo propio de los bárbaros, un recurso al que solo se debía recurrir en un caso de extrema necesidad. Pero sabía que los espíritus fuertes se forjaban en las pruebas difíciles y que su hijo debía ser un espíritu fuerte, el más fuerte que hubiera conocido Roma. Era responsabilidad de Cornelia asegurarse de que su prole crecía firme y recia, tanto en lo físico como en lo espiritual. Sus hijos, descendientes de dos distinguidas *gentes*, algún día estarían llamados a ocupar los puestos más altos de los honores que la *res*

publica concedía a sus ciudadanos y que les correspondía por nacimiento. Pero, para ello, antes debían demostrar su *virtus*, sus cualidades como hombres tanto en el campo de batalla como en las turbias aguas de la política.

Su hijo Tiberio no olvidaría aquella lección con facilidad y eso le convertiría en un hombre mejor. En un romano mejor. Al fin y al cabo, aquel niño no solo era el hijo de Tiberio Sempronio Graco, sino también el nieto de Escipión el Africano, el hombre que había salvado a Roma y derrotado al pérfido Aníbal. Algún día, cuando el niño se convirtiera en adulto y comenzara a asumir su lugar en la *res publica*, se le exigiría que estuviera a la altura de su ilustre antepasado.

Cornelia aguardó de pie, en el centro de la estancia, a que sus órdenes fueran obedecidas. Nada se hacía en aquella casa sin que la *domina*, la señora y ama, lo supiera y diera su aprobación. Gobernaba su *domus* como habría regido Roma en caso de haber querido los dioses que en lugar de mujer hubiera nacido varón: con mano dura y firme.

Un hombrecillo enjuto y con una barba rala y plateada atravesó el umbral y aguardó con la cabeza gacha a que Cornelia se dirigiera a él.

—Aristides, acércate más.

El anciano obedeció, dio dos pasos al frente y volvió a detenerse.

—¿Desde cuándo sirves en esta casa? —preguntó ella.

—En las próximas calendas hará ya tres años, *domina* —dijo él, en un latín correcto, marcado por un fuerte acento extranjero.

—Llegaste con las mejores recomendaciones. Antes de entrar en nuestra casa, serviste en Pérgamo y en Atenas, ¿me equivoco?

—No, mi señora, no os equivocáis. Nací en Pérgamo y allí pasé toda mi juventud. Después trabajé como pedagogo en Atenas durante un tiempo.

—Pero no naciste esclavo. Eras un hombre libre.

—Sí —el hombre asintió—. Me vendí a mí mismo para poder subsistir. Mi formación como orador y literato no me sirvieron de mucho cuando mi padre lo perdió todo. Preferí la esclavitud a la muerte por inanición.

—No tienes por qué avergonzarte, Arístides, eres un buen hombre —dijo Cornelia en tono afable—. Sin embargo, no tiene ya sentido que continúes en esta casa.

—Pero, *domina*...

El hombrecillo cayó al suelo de rodillas ante Cornelia y abrió los brazos en actitud de súplica

—Yo supuse que el joven Tiberio... bueno, que debía informaros cuando él no realizara sus tareas con precisión...

—Y así es. Mi hijo no cumplió con su obligación y ha recibido su castigo por ello. Tu error no ha consistido en informarme de sus escasos progresos, una condición que te puse desde el mismo momento en el que entraste a formar parte de esta casa, y que has cumplido de forma meticulosa. No hay reproche en mis palabras, Arístides. El problema es que has llegado al máximo de tus capacidades. Ya no hay nada que puedas enseñarle a Tiberio y eso sí es un problema.

—Aprenderé, señora, me esforzaré...

—No es una cuestión de esfuerzo, Arístides, sino de capacidad —enunció como si ella misma estuviera dando una lección—. Cuando un alumno no cumple con sus obligaciones, debe ser castigado, pero también hay que analizar el motivo de su descuido. Y, en este caso, el problema de Tiberio es la falta de motivación. Habéis estado varios meses repitiendo las mismas lecciones, es

normal que se aburra, que se distraiga... y que eso le lleve a la pereza y la desidia. La obligación del maestro es mantener siempre vivo el interés del alumno. Y eso es algo que tú, querido Arístides, ya no estás en condiciones de hacer.

El anciano no dijo nada, se limitó a seguir postrado en el suelo, con las palmas abiertas.

—Levántate. Eres un siervo leal y como tal serás tratado. La casa de Tiberio Sempronio Graco no abandona a sus esclavos cuando estos dejan de ser útiles. ¿Qué clase de amos seríamos si actuáramos así? Arístides, hemos llegado a un acuerdo con nuestro amigo Publio Mucio Escévola: necesita alguien de confianza que cuide de sus bibliotecas en Roma y en las fincas de Campania. Es una labor que no dudo que desempeñarás con acierto y, o mucho me equivoco, diría que será de tu agrado.

Arístides se incorporó ligeramente y, todavía de rodillas, se apresuró a tomar las manos de su ama e intentó besarlas con devoción, pero ella, con suavidad, se lo impidió, obligándole con gestos a que se levantara.

—No te sientas mal, Arístides. Has sido un buen maestro, pero mi hijo Tiberio necesita algo más de lo que tú puedes ofrecerle.

El hombre asintió, sin poder evitar que las lágrimas cayeran por sus mejillas. A sus más de sesenta años, había vivido como esclavo desde los quince y había pasado por las manos de muy diversos amos. Gracias a su formación en letras griegas corrió una suerte mucho mejor que la de otros siervos destinados al campo, los trabajos domésticos o, peor aún, las minas. Sin embargo, incluso como pedagogo y tutor de los hijos de sus amos había sufrido malos tratos y privaciones. Nunca en su larga vida le habían tratado con

la justicia y la medida que había encontrado entre los muros de aquella casa. El destino que su ama le había encontrado sin duda era un buen lugar para terminar sus días, rodeado de libros y material de escritura. Pero el viejo Arístides sabía que echaría de menos la casa de Tiberio Sempronio Graco, lo más parecido a un hogar que jamás había conocido.

—Preséntate mañana al alba en casa de Publio Mucio Escévola. Sé que estarás a la altura y que honrarás el nombre de los Sempronios Gracos en tu nuevo hogar.

—Mi señora Cornelia, nunca, por más años que viva, olvidaré a esta familia.

Cornelia sonrió levemente: era lo máximo que se permitía en presencia de un esclavo.

—Eso me complace. Quién sabe si en el futuro mis hijos o yo misma tendremos necesidad de recurrir a un viejo amigo. Puedes retirarte, Arístides.

El hombre asintió y, sin dar la espalda a la que ya era su antigua ama, salió en silencio de la habitación mientras hacía reverencias.

Cornelia permaneció unos instantes a solas en la estancia que utilizaba para atender sus asuntos. Como la mayoría de las habitaciones de las casas romanas más tradicionales, era parca en mobiliario. Solo dos asientos con unos finos cojines por si alguien tenía que sentarse en ellos durante un largo rato, un pequeño baúl y una mesa cubierta por un mantel de hilo. La habitación tenía una estrecha ventana que daba al patio interior de la casa y dejaba pasar el rumor de una fuente y algo de aire fresco.

¿Qué habría opinado su padre, Escipión el Africano, de su comportamiento en aquel día? Cornelia siempre tenía en cuenta aquella máxima antes de tomar cualquier decisión. Amaba y respetaba a su esposo, Ti-

berio Sempronio Graco, como pocas mujeres romanas tenían la suerte de hacerlo; pero, en lo más hondo de su corazón, sabía que su noble marido no podía igualar en grandeza al que había sido el mejor romano que varias generaciones de hombres habían conocido, el gran Escipión el Africano. Su padre, rememoró con orgullo. El hombre que había derrotado al poderoso Aníbal y había salvado Roma de las hordas cartaginesas. Para Cornelia, el Africano era el máximo referente que cualquier romano, fuera hombre o mujer, podía tener. Un hombre que había dado todo por Roma, que había llegado incluso a quebrar en ocasiones los *mores maiorum*, las sagradas costumbres de los antepasados, poniendo en riesgo incluso su propia seguridad, física y jurídica. Todo por un ideal: la gloria de Roma.

«¿Qué habría opinado el Africano si me hubiera podido contemplar a lo largo de esta mañana?», se dijo otra vez a sí misma. Sin duda, habría aprobado el castigo al que había sometido al pequeño Tiberio: el dolor fortalecía el espíritu de los hombres y, por añadidura, el niño debía aprender que una mala acción tenía sus consecuencias. Su crimen podía parecer nimio, haber olvidado unos versos de la *Iliada* que Arístides le había pedido que memorizara, pero eso no reducía el hecho de la falta. Un niño debía obedecer hasta en la más ínfima de las órdenes que recibiera de sus superiores o, en aquel momento, de un preceptor. Si no aprendía aquella lección, en el futuro podía cuestionar las órdenes de un tribuno militar o un legado, un error que podía resultar fatal en el campo de batalla; o, peor aún, podía incluso desobedecer las órdenes de un cónsul o un pretor. No, Cornelia estaba convencida de haber obrado de forma correcta: Tiberio debía aprender a disciplinarse como solo un romano era capaz de hacerlo.

Sin duda, su padre Escipión se habría sentido orgulloso de ella.

2

Tiberio aguantó que le untaran el bálsamo con la misma resignación con la que había resistido los golpes. Pertinax, que también había sido el esclavo encargado de infligirle el castigo, fue el responsable de aliviar su dolor del mismo modo que había sido el responsable de atender cualquier necesidad del pequeño Tiberio una vez abandonó los cuidados de la nodriza. Desde la noche en que nació y su amo le encargó aquella misión, Pertinax se había consagrado en cuerpo y alma a la tarea de asegurar que el primogénito de aquella familia creciera seguro, fuerte y sano; y aunque en ocasiones eso supusiera aplicarle unos castigos físicos que le dolían a él casi tanto como al niño recibirlos.

Con gran delicadeza envolvió las manos de su joven amo en unas vendas de lino, humedecidas previamente con el ungüento curativo proporcionado por una de las esclavas de la casa.

—¿Vas a contarme qué ha pasado, *domine*? —preguntó el esclavo con tono firme pero educado.

Se encontraban en uno de los almacenes cercanos a las cocinas de la casa, rodeados de todo tipo de ollas enormes, cazuelas y sartenes. Pertinax hizo sentar al joven Tiberio en un taburete y le dijo que esperara su regreso con el ungüento. El esclavo no había presenciado el motivo por el que su amo había sido castigado, le

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Recuerda que eres mortal
o Roma te lo hará pagar».

Roma, mediados del siglo II a. C. El pequeño Tiberio Sempronio Graco empieza a conocer el convulso mundo en el que vive: la feroz pugna por el poder en el seno de la nobleza romana, ávida de prebendas y gloria; la cada vez más ancha fractura entre esa aristocracia terrateniente y un campesinado sin tierras, con problemas para subsistir y empero obligado a servir en las legiones; el choque entre los viejos valores romanos y el helenismo... Un mundo que cambiaba a pasos agigantados, tan rápido como rápidas eran las dentelladas que la Loba daba a la ecúmene.

De la mano de su padre, Tiberio iniciará su educación política, de su severa madre Cornelia aprenderá cuál es su lugar en el mundo, como hombre y como romano, y con su primo Escipión Emiliano asumirá que tiene un futuro por delante y que deberá tomar decisiones, no siempre sencillas.

Esta novela recrea la infancia y juventud de una figura que, como tribuno de la plebe, cambiaría la *res publica* romana para siempre. Pero antes de eso, fue tribuno de las legiones en África y empezó a forjar una carrera militar que lo llevó a protagonizar algunas hazañas y a encajar algunas humillaciones. De las calles de una Roma donde conviven altivos patricios con miríadas de desposeídos, pedagogos griegos y senadores de relumbrón, a ser el primero en escalar los altos muros de una Cartago condenada a la destrucción, el joven Tiberio aprenderá el valor de la amistad, pero también el regusto amargo que deja la traición, dos enseñanzas que marcarán una vida que encarnó todas las contradicciones de esa Roma que de ciudad se trocaba a imperio.

ISBN: 978-84-128158-9-4



9 788412 815894

P.V.P.: 26,95 €

NOVELA
HISTÓRICA